

Prólogo

CARLOS VARA

I

Fernando Menéndez, poeta de larga y prolija trayectoria, posee una curiosidad y un espíritu crítico insaciables que pone al servicio cada una de sus numerosas aventuras literarias. Se ha labrado una merecida reputación internacional en el difícil reino de la brevedad y de la concisión, la cual explora mediante haikus, breves estrofas y, fundamentalmente, el aforismo. Su afinado pulso le predispone a la creación de estos universos fragmentarios, a los que consigue imbuir la energía de todo un cosmos expandiéndose. Es capaz tanto de extraer la sonoridad de cada sílaba, generando ritmos y rimas en un puñado de palabras, como de provocar un trueno de sentido que reverbera más allá del mero significado de los vocablos.

Pero su concepción de la actividad poética es la de una creación que necesariamente ha de sostener la mirada ante aquello que la rodea. Para él los poemas no solo han de encargarse de recalcar y decantar la belleza, sino que deben apuntar con el dedo hacia aquello que nos aleja de la dignidad humana. Esta

decisión se plasma en sus libros, donde destaca un perfecto equilibrio entre pensamiento y sensibilidad, expandiendo sin romper los límites de la poesía. Por ello no debería de resultarnos sorprendente que *Los sueños y las sombras* constituya un esfuerzo por recuperar muchos elementos que pareciera que estamos a punto de perder. Y para evitarlo, lleva a cabo un viaje al origen de lo que somos: nietos de una herencia griega que la incompetencia y los intereses privados nos arrebatan cada día un poco más. Este es un libro tan arriesgado como necesario. A veces, para encontrar el rumbo, es necesario volver la vista atrás y poner las cosas en perspectiva.

II

Los sueños de las sombras es un diálogo poético y dramático sabia y audazmente orquestado por Fernando Menéndez. Diálogo porque las voces que acuden a las páginas son multitud, pues a los numerosos y muy diversos registros del autor vienen a sumarse puntuales intervenciones de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Píndaro en forma de enriquecedores fragmentos. Poético, porque no es solo un libro de poesía, sino sobre la poesía, entendida esta como modo de interrogar a la realidad. Y, por último, dramático en tanto en cuanto Fernando Menéndez ejerce el rol de corifeo, en consonancia con la mejor tradición del teatro ateniense. No solo dirige y escande la voz

del coro alternando estásimos aforísticos y otros pasajes más líricos, sino que también da el pie de entrada a sus cuatro actores de excepción, entresacando de los tres grandes trágicos áticos y del poeta tebano esclarecedores versos que jalonan las hojas.

Una de las claves fundamentales para acercarnos al libro la encontramos en el propio título, que nace de las palabras de Píndaro emplazadas en la conclusión del mismo: «Efímero, ¿Qué somos? ¿Qué no somos? El sueño de una sombra: eso es el hombre». Estamos, por lo tanto, ante una creación literaria que trasciende y amalgama géneros, con el fin de hablar de la naturaleza humana, y lo hace apelando a cada uno de los lectores. Nosotros somos esos sueños de las sombras, esas entidades que nunca terminan de hacer sentido de sí mismas y de su lugar en el mundo. Somos nosotros esos seres que necesitan de las dudas más que de las certezas, de las oscuridades tanto como de las luces. Nosotros somos el cuerpo de esas voces que hablan de la necesaria asunción de la pérdida, que critican la sociedad en la que viven y al poder ejercido, que trafican con los recuerdos como medio para acertar a vivir de un modo más pleno y libre en este trozo de tierra.

Este juego de espejos entre título y colofón convierte a *Los sueños de las sombras* en un teatro en el que la obra que se representa es el conjunto de nuestra existencia. De ahí que no falten versos que nos conminen a pasar de la contemplación a la acción —«Vuelve a tu memoria una mañana más en busca

de nada y poesía»—. No estamos ante un libro que consienta ser leído desde la distancia plácida y contemplativa, sino que nos reclama que nos impregnemos de las distintas facetas de la realidad que nos rodea, que bajemos de la grada a la escena, que abracemos el espíritu crítico que nos legaron desde la Atenas de Pericles y que nos dispongamos a aceptar, a partes iguales, la incertidumbre y la belleza. En esa dinámica encrucijada de desprendimiento y gozo se dirime la posibilidad de encontrarse a uno mismo. O al menos de intentarlo, pues esta es una labor destinada a nunca concluir. Pero que, debido a ello, también posee el potencial de seguir resultando siempre enriquecedora. El autor se encarga de dejárnoslo claro: «Todo pensamiento, como todo hombre, está en el aire».

Para Fernando Menéndez, volver a tomar contacto con lo que somos es el medio de intentar recuperar el punto previo al extravío social y político en el que nos hallamos en este siglo XXI. Lo cual pasa necesariamente por volver a escuchar con renovados oídos las voces de aquellos que hace veinticinco siglos sembraron desde la Hélade nuestros principios más esenciales. Teniendo en cuenta que el término principio ha de entenderse en un sentido doble. Principio temporal, porque en aquel terreno abierto a los mitos y a la razón se plantaron los cimientos históricos de lo que quiera que sea que aún a día de hoy seguimos denominando Occidente. Pero principio también como fundamento sobre el que construir, pues algunas de las herramientas más importantes que

la humanidad se ha dado a sí misma para pensar, cuestionar y disfrutar surgieron de ese confín del Mediterráneo. Cada letra de este libro se siente como una exhortación a volver a mirar a Grecia como lugar de nacimiento y de avance y no cómo agujero negro de deuda e inestabilidad. Y solo si nos abrimos a esa importancia esencial que sigue teniendo para nosotros el mundo helénico, podrá entenderse que *Los sueños de las sombras* constituye una exploración de un aquí y de un ahora mediante la conversación con un allí y un entonces. Este es un libro que remonta el río del tiempo y de las causas, acercándonos a un recodo de la corriente que nos permite contemplar ciertas verdades que no por olvidadas han dejado de ser ciertas, ya que «Quien habla inocular el veneno de su verdad».

Fernando Menéndez consigue hacer patente esta íntima cercanía entre el mundo de la Grecia del siglo v a. C. y el nuestro. Lo logra mediante sus sagaces aforismos y los magníficos poemas que encabezan cada una de las cuatro partes, pero también al entablar un juego que toma la forma de versos de tinte elegíaco, sutilmente deslizados bajo el manto de algunos de los literatos sobre cuyos hombros se erigió la tradición literaria y humanística occidental. El autor sabe y demuestra que para llegar al corazón borboteante de las palabras no basta con la reverencial lectura escolástica —«La vacuidad fortificada de todo academicismo»—, sino que es necesario inmiscuirse con un modo de mirar, con unos problemas y

unas preguntas. Solo así se puede alcanzar a descubrir que estas cuestiones, dos mil quinientos años después, siguen siendo esencialmente las mismas. La posibilidad y el precio de la libertad, la relación con la muerte y el olvido, el porqué de la vida, el doloroso efecto de lo bello en la memoria, las serpientes que anidan en la manipulación de la política o los designios de lo divino son las vetas que nos comunican con el mundo de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Píndaro. Y siguiendo esos caminos, las voces del autor se expanden en numerosos registros, ejerciendo la mimesis y la participación, hasta hacer posible que átomos de la luz de aquella Grecia calen sobre nuestra piel de lectores.

Las particularidades del sustrato común y propio de los cuatro literatos griegos nos llegan con su raíz global y sus declinaciones individuales, de un modo claro y cercano, desprovistas de todo anquilosamiento. Fernando Menéndez consigue con sus versos la nada fácil labor de hermanar fluidamente sus registros y sus temas, permitiendo que sigan apelando a aspectos de nuestra realidad más actual. Para ello ha optado por otorgar a cada uno de ellos una estación del año, consiguiendo que el conjunto forme un ciclo, en el que si bien puntualmente refulgen las inquietudes específicas, potenciadas por los matices de cada época anual, prima una corriente unitaria que comunica el conjunto. La visión del cosmos de uno avanza hacia los conflictos trágicos de otro, lo cual cristaliza en las críticas de un tercero que vienen a

desembocar en la concepción del mundo de un cuarto. De un modo tal que las palabras del autor y las sucintas intervenciones de sus cuatro actores se yerguen en un torrente en constante movimiento que ausculta diversos aspectos de la naturaleza humana.

III

Fernando Menéndez en *Los sueños de las sombras* instaure un tiempo circular e intercomunicado en el que las invectivas contra el poder establecido —«Los vencedores son dueños del odio y la crueldad»— se entremezclan con pasajes de tragedias clásicas. Arma un ritmo en el que se relacionan fragmentos subjetivos de contacto con una naturaleza ambivalente respecto al ser humano —«En la inmediatez de una melodía silvestre, percibes la lánguida tarde del ser»— con poemas que glosan las figuras de autores esenciales de nuestra tradición. Todo está vinculado con aquello que le ha precedido y con aquello que le ha de suceder. No ha de leerse la sucesión de las estaciones como si una dejara definitivamente atrás a la anterior, sino como un bucle en el que la rueda nunca cesa de girar y todo está destinado a volver a comenzar de nuevo.

Leyendo el libro nos adentramos en un tiempo y un calendario afín al de la Grecia clásica, donde vivían en la circulari-

dad de las cosechas y de los rituales, no en la dictadura lineal del progreso y de los relojes. Una sociedad en la que era normal replantearse el presente y lo venidero desde el contacto con lo pasado en forma de mitos e historia. Algo posible porque estos eran considerados como algo intensamente vivo y abierto a la reescritura. Una sabiduría analógica que se contrapone a nuestra obsolescencia digital. A esto, en definitiva, es a lo que globalmente nos asoma el libro que tenemos entre las manos. Un tesoro en forma de versos que nos permite interrogarnos a nosotros mismos y a nuestra realidad desde la poesía —«El sueño de todo lo posible es la obra de arte»—.

Este modo de ver el mundo, en el que prima lo orgánico y lo natural, permite una visión de conjunto, una conversación del ser humano consigo mismo a través de las voces y los ecos de la cartografía helénica que es desplegada a lo largo de las páginas. Los cuatro puntos cardinales de la misma son los tres trágicos y el poeta tebano. A cada uno se le dedica un poema que se centra en distintos elementos de su persona. Nos encontramos a un Esquilo otoñal, melancólico, con un pie en lo arcaico —el destino aún es regido por los dioses— y con el otro en lo clásico como padre de la tragedia. A través de una poderosa segunda persona del singular, Fernando Menéndez pareciera querer dar ánimos a aquel que batallara contra los persas, recordándole, en unos magníficos versos, que «Siempre serás Esquilo / otoño que mudas tu canto / de la sombra a los sueños / y de los sueños a la vida. / Contigo

nace la tragedia / que nace sola / y con dolor / en la memoria de los hombres». A Sófocles se le otorga el invierno, una época propicia a sus héroes solitarios y a sus exploraciones del dolor y la culpa en eternos dilemas irresolubles. Es retratado como alguien que «sabía que en la oscuridad / y el dolor viven / la excelencia de lo visible». Contemplamos a Eurípides en las inmediaciones de su cueva en Salamina, aquella en la que se cree que escribió algunas de sus obras. Le vemos sumido en la naturaleza primaveral, entre «amapolas y jaras», como alguien que mira más hacia la tierra que hacia los dioses, que se preocupa «del destino de los hombres / eternos en sus tumbas / de verdades y engaños». El círculo se cierra con Píndaro y el verano, a quien Fernando Menéndez le dedica un encomio que oscila entre la loa de la voz del poeta heleno —«Oh Píndaro / poeta de mánticas hazañas»— y el lamento ante el desmoronamiento de un mundo que era el de Píndaro pero que también es el nuestro: «Oh mundo / más y más oscuro / de locura y odio / estás más cerca de la lejanía / que del anhelo por los hombres».

Estos cuatro poemas funcionan como faros que orientan el rumbo del lector, pero donde el libro acierta a trazar un puente desde la Grecia Antigua hasta nuestros días de un modo más claro, es en el entremezclarse de coros aforísticos, los distintos pergaminos y las escogidas citas. Ahí surge el diálogo poliédrico y poético entre política, existencia y mundo. Los coros destacan por su agudeza —«La condición

humana es la repetición de la fugacidad»—, por su cinismo —«La felicidad es un plagio filosófico»— y por no renunciar a tratar la banalidad del presente —«El selfie, el nuevo flagelo de la estupidez»—. Por los intersticios de los aforismos se cuele la realidad, con su dolor y su grandeza, pero también con su dosis de mezquindad. En ellos refulgen múltiples facetas, hasta llegar a convertirse en un remedo del ruidoso ágora de nuestra sociedad.

Los fragmentos de papiros, son, en general, recintos subjetivos más ceñidos a la experiencia dulce y amarga de la naturaleza. Oscilan entre fogonazos de la mortalidad —«Ves menguar la noche de dudas y crecer el día de nada. Sabes que tu memoria se va para siempre»—, versos que reflexionan sobre su propia razón de ser—«Sobre el ramaje de los árboles, un halo de luz se muda a verso»— y tenues apuntes de belleza —«Entre los brezos, los arándanos y las escobas, lo sutil huele a miel y mermelada»—. En ellos Fernando Menéndez atiende a reflexiones e introspecciones más solitarias, englobando un complejo abanico de sentimientos. En unos el sujeto poético pareciera sentirse en casa ante lo que está viviendo —«Cuando canta un mirlo, toda música se convierte en la armonía silvestre de la belleza»—, mientras que en otros se trasluce la angustia de alguien que ya no es arropado por los dioses, y que al mirar a lo alto del firmamento no encuentra sino extrañeza y vacío —«En el recodo de un camino, descansa la incertidumbre de ser un viaje que termina sin nada»—.

Cuando uno experimenta la constelación trazada por los coros, poemas, papiros y fragmentos, surge la verdadera dimensión de lo planteado en *Los sueños de las sombras*. Al pasar de un verso a otro, con el vaivén temático y formal, se van iluminando diversos recovecos de nuestro ser. Fernando Menéndez busca ir al indeterminado tuétano de la existencia. Hiende sus brillos y expone sus pesares, revela soledades y retrata esfuerzos comunes. Expone bellamente la complejidad de lo que significa estar vivo. Persigue despertarnos del letargo sensible y social provocado por nuestra acelerada realidad. Para ello, como un Sócrates de Mieres, nos lleva de la mano mediante sus versos, enseñándonos que aquel pensar y sentir griego que erróneamente algunos consideran pretérito y caduco, no solo sigue latente bajo nuestros pies en forma de enterradas raíces culturales, sino que continúa brillando sobre nuestras cabezas, tal que astros, inagotables en su verdad, dispuestos a continuar orientando los sueños y las reflexiones de quienes se atrevan a levantar la cabeza y mirar, por la noche, a las estrellas y a reconocerse en las sombras que estas arrojan.